

Los golpes de la vida

Lina María Ararat Ospina'

"Esa mañana habíamos discutido por cualquier bobada que en este momento no es importante recordar. Mi hermana, Sonia, ese día vino a visitarme a escondidas de mi marido porque a él no le gustaba que yo recibiera visitas, y menos si mi hermana venía acompañada de su novio. Según mi esposo eran hombres que ella me traía, por lo que él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa. Ese día Sonia me trajo como regalo una torta. Esa tarde, al llegar de trabajar y sin darse cuenta, le pidió a la empleada que le sirviera una porción y, después de comerse el primer bocado, cayó en cuenta que él no la había comprado y que yo tampoco pude haberlo hecho porque ni trabajaba, ni él me daba plata. Como no nos estábamos hablando por la discusión de esa mañana, le preguntó a mi hija quién la había comprado. Ella, con tan sólo seis añitos, ya conocía el temperamento de su papá y al oírlo gritar preguntando quién había traído la torta, empezó a temblar sabiendo que debía mentir sobre la presencia de otro hombre en nuestra casa. Pero su hermanito, de tan sólo cuatro añitos, no estaba al tanto de lo que ocurría y con total inocencia respondió que había sido el tío Martín. En ese instante mi marido la cogió contra la niña, empezó a gritarle y la mandó a dormir sin comer. A mí eso me pareció un crimen por lo que yo la cargué y la llevé a su cuarto. Él trató de arrebatármela pero yo no lo dejé: mi niña temblaba del susto. Después de dejarla me dirigí a la cocina para servirle un plato de comida y llevárselo a la habitación. Y cuando ese hijueputa vio lo que estaba haciendo, me metió un puño en el ojo izquierdo que me tiró al suelo. Inmediatamente empecé a sangrar y mis dos hijos corrieron hacia mí para ver qué había pasado. Mi reacción fue de histeria. No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer. Al oír los gritos, una

1 Cali, 1983. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

de mis vecinas entró y se llevó a los dos niños. En eso yo me paré y me asomé al espejo del baño para ver lo que me había hecho: botaba sangre por la nariz y por el pómulo. Él se paró detrás, burlándose de mí. Yo alcanzaba a verlo a través del espejo, así que lo cogí con la intención de quebrárselo a los pies, pero no calculé, no pensé que estuviera tan cerca y se lo quebré en la cabeza. Alcanzó a cortarse el brazo derecho y, el muy hijueputa, me denunció ante la Fiscalía, alegando que fui yo quien primero lo atacó. Pero no la supo hacer, pues todos sus alegatos se vinieron al piso ya que si yo lo hubiera cortado primero, él no hubiera podido pegarme en el ojo izquierdo. Al final decidió retirar los cargos':

Gabriela es una mujer nacida en Quibdó, que pensó haber encontrado el amor de su vida en un policía que trabajaba por aquella época en su tierra. Gabriela es de tez clara, alta y muy conversadora. Su familia es una de las más conocidas en Quibdó y siempre se han mantenido con una miscelánea que tienen en el primer piso de su casa; de esa manera puede estar pendiente de sus hijos mientras atiende a los clientes. A los veintiocho años de edad siente haber pagado todos sus pecados con ese infeliz matrimonio y por ahora no cree más en el amor, aunque anhela haber tenido una buena familia aliado del padre de sus hijos.

"Cuando conocí a José, tenía tan sólo dieciséis años. Ese día estaba en la casa de enfrente con mis amigas. Tenía unos shortcitos y una camisetita de tiritas. Estaba horrible, además de que tenía todos mis crespos sueltos. Mientras hablábamos y nos tomábamos una gaseosa, porque ese era el parche en mi época, pasó una patrulla de la policía. En esas una de mis amigas les silbó y ellos pararon. Por un momento me asusté, pero la verdad era que ella conocía al policía que iba manejando. Fueron muy amables y caballerosos, sobre todo José. Desde entonces empezamos a salir hasta que nos hicimos novios. Todos los domingos, mientras estuvo en Quibdó, mis papás lo invitaban a almorzar a la casa. Recuerdo que mi mamá me decía que se veía que era muy jodido, pero que era todo un caballero. Después de almorzar siempre se sentaba en la sala, abría el periódico y se quedaba leyéndolo el resto de la tarde. De ahí se despedía muy educadamente de

mis papás y yo siempre quedaba aburrida, pues ni bolas me paraba, y yo siempre me quedaba esperando aunque fuera una blujeaniadita. En Quibdó, duramos más o menos un año antes de que lo trasladaran a Medellín. Mientras él trabajaba yo estudiaba en el colegio, pero apenas terminé mi bachillerato me fui para la ciudad de la eterna primavera a continuar con mis estudios y a estar con él. Hice hasta cuarto semestre de Diseño de Interiores en la Universidad Bolivariana, porque a los 18 años quedé en embarazo. La verdad yo estaba muy contenta: siempre quise tener un hijo antes de que pasáramos al otro siglo, pues no me cabía la idea de que mi hijo cuando creciera me hiciera sentir más vieja sólo por ser de siglos diferentes.

"José estaba contento por esta noticia, y apenas mi mamá supo me hizo devolver a Quibdó. Allá pasé mi embarazo pero la niña nació en Medellín el primero de enero. José no estaba en la ciudad en ese momento, pues lo habían enviado para otra base donde sólo se podía llegar en helicóptero; sin embargo, a los dos días ya estaba con nosotros. Nunca me pidió que nos casáramos, ni que nos fuéramos a vivir juntos, así que yo regresé a mi casa.

"Cuando la niña tenía nueve meses, viajé a Cali para hacerle unos exámenes médicos. José estaba en alguna estación o base de Palmira, y tan pronto supo que yo estaba en Cali se vino con un amigo para vernos. Desde ahí nos fuimos a vivir juntos los tres. Después estuvimos en Bogotá, donde vivimos con mi suegro un tiempo y allí su comportamiento se empezó a revelar. Cada vez que discutíamos me empujaba y yo tan inocente, o más bien estúpida, pensaba: "Tan divino mi esposo como me regaña!: Lo cierto es que nunca volvió a ser como la primera vez".

Gabriela siempre fue muy independiente, de un carácter fuerte y alocada, pero también muy enamoradiza, y así era que se sentía con José: enamorada. Cuando su hijo Daniel nació, a José lo empezaron a ascender y lo trasladaron para Medellín. Allí sus hijos estudiaban en el colegio de la policía, mientras Gabriela se dedicaba a los oficios del hogar.

"Al ver que yo me quedaba sola tanto tiempo en casa, quise seguir estudiando y le conté mi idea a José y a mi mamá. Ella se alegró

muchísimo y prometió ayudarme con el costo del semestre, ayuda que no encontré en José. Lo primero que me dijo era que él no iba a pagar empleada para que cuidara de los niños e hiciera los oficios del hogar, ni iba a dar más plata para el mercado, y que si yo tenía cómo mantener a la empleada podía hacer lo que quisiera. Pero eso sí, yo tenía que cocinarle porque él de manos de otra persona totalmente desconocida no iba a comer. Lógicamente mi sueño se vino abajo porque no podía pedirle más a mi mamá; así que me olvidé de la idea por completo. Fueron muchos los desplantes que recibí de él, además de las humillaciones porque yo no mantenía plata. Un día me llamó a la casa y me pidió que nos encontráramos en el Éxito porque quería comprar una lavadora y deseaba que yo le diera mi opinión. Me emocioné demasiado, me arreglé rápidamente y esperé a que uno de los hombres que estaba bajo su mando me recogiera, porque sola no me dejaba andar en la calle. Cuando llegué al Exito me mostró la lavadora que había escogido y pidió mi opinión. La lavadora era divina, además de grande, pero él la quería en gris y yo le dije que la quería blanca porque ese color hacía juego con la nevera, el calentador, los gabinetes y estéticamente la cocina se iba a ver más bonita. José se alteró y empezó a gritarme. Me dijo que la plata era de él y que él hacía lo que se le daba la gana. También me dijo que si yo quería la lavadora blanca podía comprarla pero con mi plata, y como yo no tenía ni dónde caer muerta, decidí callarme. Esta fue una de sus tantas humillaciones. Delante de las únicas personas que no me humillaba era de sus subalternos y sus superiores. Recuerdo mucho el día que Juanes se presentó en concierto. No sé cómo logré convencerlo y accedió a que fuéramos con uno de nuestros vecinos, quien también era policía y su esposa era amiga mía. Llegando la hora de partir para el estadio me llamó y me dijo que no podía ir porque estaba de guardia, que me fuera con ellos y que luego nos veíamos en casa. Yo dejé a los niños en la casa de mi vecina para que su empleada los cuidara junto con sus niños. El concierto terminó alrededor de las once de la noche. Yo tenía afán de llegar a casa porque sabía que mi esposo terminaba guardia a media noche, pero como teníamos pases para entrar al camerino porque la policía trabaja en estos conciertos, a mi amiga le dio por entrar a conocer a Juanes. Llegué a casa a las 12:30 de la noche y cuando fui a abrir la puerta, José le había puesto seguro. Toqué el timbre hasta que se despertó y empezó a hacerme escanda-

lo por el balcón. No quería abrirme. Nuestro vecino se asomó y se disculpó con él por haberme traído tan tarde. Hasta ahí le llegó su escándalo. Me abrió la puerta, y pude entrar a la casa y acostar a mis hijos en sus cuartos. Sin embargo, yo seguía pensando que algún día todo cambiaría':

"Después de tanto maltrato físico y psicológico, después de dejarme el ojo moreteado y yo haberle quebrado el espejo en la cabeza, caí en una depresión horrible. Ya no aguantaba más esta situación y como no tenía ni un peso, no me atrevía a dejarlo. Y ni modo de contarle a mis papás de la situación, primero porque mi mamá no me iba a dejar seguir viviendo así y yo no quería aceptar el fracaso de mi matrimonio, segundo, porque si les contaba y luego me arreglaba con mi esposo ellos iban a dejar de quererlo y ya las cosas se venían en mi contra. La depresión me tomó por completo. Me la pasaba todo el día en la cama llorando y sólo me levantaba para despachar a los niños para el colegio; ya ni le hacía el desayuno al animal de mi esposo. Entonces optó por comprar el mercado medidito dependiendo de lo que los niños comieran. Yo no tenía derecho a comer.

Llegué a pesar 45 kilos. Sonia me llamaba de vez en cuando y me invitaba a comer porque más o menos se olía la situación de mi hogar. Le hice prometer que no le contaría nada a mis papás y ella mantuvo su palabra. Ahora dormía con los niños y sólo comía muy de vez en cuando un café con leche, un pan y un pedacito de queso. Para mí era mejor aguantar hambre que gastar la comida de mis hijos, aunque la depresión me mantenía inapetente. Fueron dos o tres meses que vivimos así, hasta que José me pidió el divorcio. Por un momento me sentí herida, pero a la vez me sentí aliviada, libre. Yo nunca puse resistencia. Ni siquiera quise pelear por los bienes que supuestamente me correspondían. La primera cita que tuvimos en el juzgado José y su abogada me dieron un documento para que lo firmara. Yo, tratando de dárme las de importante, me negué a firmarlo hasta que no consultara con un abogado. Lógicamente yo no tenía con qué pagar uno y me fui para la casa. Estando allá recibí una llamada de una mujer, la abogada de José, quien me aconsejó no firmar ese docu-

mento porque en él yo estaba renunciando a todo, hasta las cosas de los niños. José es el único estúpido que se consigue un abogado mujer. Con lo único que me quedé fue con la lavadora y recuperé las cosas de los niños. No quería desgastarme más. Eso era lo más justo con mis dos bebés, y la lavadora la quise porque donde mi mamá no había y yo sabía que ella nunca iba a comprar. Y ahora con nosotros tres de vuelta en casa, ropa era lo que iba a haber para lavar.

"Los primeros meses fueron muy duros. Me sentía desgastada, acabada y fea. Mis niños no asimilaban totalmente la noticia, aunque sé que se sentían aliviados.

Su papá, de pronto por aliviar un poco lo que estaba pasando, decidió llevárselos de vacaciones toda una semana para Coveñas.

y yo, como recompensa a lo que acababa de hacer, decidí subirme la autoestima: me puse tetas. Aproveché esa semana que José se había llevado a los niños y no sé por qué, de estúpida, cuando ellos me llamaron a decirme, el primer día, que habían llegado bien, cambié mi saludo hacia José y en vez de decirle, "hola", le dije: "Tengo tetas nuevas". Fue tanta la rabia que le dio, porque finalmente las cosas habían cambiado, y hasta de pronto porque él ya no las iba a estrenar, que al otro día los niños estaban de vuelta conmigo. Eso lo hizo de pura ira. ¿Cómo es posible que acabando de llegar, al otro día devuelve a los niños?, ¿por qué no pensó en ellos un poquito?"

"Ya me resigné. Ahora que veo de una manera más objetiva, me di cuenta con quién me casé. Pero así estamos mejor, yo soy feliz con mis hijos en Quibdó y ellos están bien conmigo y con sus abuelos. Siempre trato de que tengan una buena relación con su papá pero él no ayuda para nada. Los ilusiona con viajes y visitas que nunca cumple y el contacto que tienen ya es muy poco. Pero a mis hijos simplemente el papá ya no les hace falta.

"En estos momentos tengo una relación ya de un año. Carlos tiene cuarenta años y es publicista. Viaja mucho entre Cali, Medellín y Quibdó. Por esa razón no nos vemos mucho, pero ahí vamos. Él trata de mimar a mis hijos, aunque mi hija no lo quiere mucho.

En alguna ocasión me dio un abrazo muy fuerte, pero indefenso, y ella pensó que me estaba maltratando. Mi mamá, aunque no se mete, también sé que no es del todo de su agrado. Obviamente mi actitud frente a las relaciones es más relajada, ya no sufro si me llama o no me llama, si viene o no viene. Aunque en el fondo, pero muy en el fondo, quisiera encontrar a alguien con quien llegar a vieja y ser feliz. En estos momentos estoy en sexto semestre de Administración de Empresas en una universidad de Medellín, a distancia. Y mientras estudio y crío a mis hijos, también estoy a cargo del almacén de mis papás con proyectos de ampliación y ventas de nuevos productos. Por ahí dicen que no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista. Yo ya lo viví y ya lo superé. Lo único que sé es que la vida sigue y algo muy bueno por suceder me está esperando'.

Junio de 2006